

política argentina

El momento actual de un país es el resultado de una historia y del número de componentes internacionales que ejercen su influjo sobre la realidad cotidiana. La Argentina no puede ser comprendida sino por el entrecruzamiento de estas dos coordenadas que nos permitirán trazar las direcciones posibles o deseables de su futuro.

La Argentina nace a su vida independiente en un mundo en el que la savia que le ha dado su origen ha perdido toda fuerza y es considerada lo más atrasado de Europa. El predominio imperial ha pasado definitivamente a Inglaterra, mientras en el Continente la supremacía es ambicionada por Francia y Alemania. Esta última la logrará después del 70. Mientras nuestro país lucha por organizarse, Gran Bretaña va consolidando su posición política en el mundo y dado su carácter de economía dominante impone a muchos países una condición de colonia o dependencia. El nuestro no escapó a la atención del vasto plan británico y así fuimos colocados en la empresa mundial como aportadores de materias primas muy necesitadas por el mercado principal. Pero mientras la economía nos ataba particularmente a Inglaterra nuestros próceres del 80 ha-

blaban de democracia al estilo francés. Y es imposible pretender ser democráticos en una factoría, en un gran puerto cuya vida depende del beneplácito de una metrópolis. Por eso la Argentina estuvo gobernada desde el momento en que entra definitivamente bajo el influjo inglés por una oligarquía. Esta palabra fue empleada, según Rodolfo Rivarola, por primera vez en nuestro país por los Constituyentes del 53 contra los manejos e intrigas de ciertos gobernadores provinciales. Más difusión tuvo el término durante y después del ochenta por el uso que hizo de él el diario "LA PRENSA" para designar a la organización política compuesta por el presidente y la camarilla que lo rodeaba y que eran sumisos a los principales intereses económicos, singularmente los terratenientes (cfr. Thomas Mc Gann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*, págs. 57-58. EUDEBA, 1960). Mientras esto sucedía en la Argentina el sistema liberal se descomponía en Europa a pesar de su aparente prosperidad. Pero la Argentina estuvo siempre varios años atrasada. Pero no seamos injustos en nuestro juicio: los hombres del ochenta no se propusieron otra cosa que unir nuestro país al carro triunfante del liberalismo económico encarnado por la Inglaterra. Esto se propusieron y lo hicieron aceptando "la afluencia de capitales extranjeros y el desborde fecundo de las masas venales". En ese ambiente la misma clase dirigente se materializó, se acostumbró a comercializarse. En el orden político, la "democracia" de nuestros políticos se plegó al sentido económico. No podía ser de otro modo y por eso negaron capacidad al pueblo para gobernar. Mientras aceptaban la tutela de Inglaterra en el orden económico, imponían la propia a un pueblo que no podía comprender, ni aceptar las profundas transformaciones tanto ideológicas como sociales que el liberalismo tendía a imponer en todo el mundo. Pero nuestro liberalismo era atrasado y se añadió a un país que no había alcanzado su-

ficiente madurez social como para evitar la anarquía que el liberalismo impone en el orden político. Los partidos son, entonces, y se mantendrán así, la expresión de una fuerte personalidad que el reflejo de verdaderas situaciones sociales que buscan manifestarse en lo político. Al mismo tiempo el liberalismo exalta del tal manera lo político que verdaderas situaciones sociales no pueden realizarse sino a través del partido. Y así sucedió con la naciente burguesía que a fines de nuestro siglo y a principios del actual se encontraron con la necesidad de organizarse. La clase trabajadora intentó constituir sindicatos y partidos, pero mientras aquellos eran perseguidos y desconocidos por el Estado liberal, los segundos se realizaron en el socialista y especialmente en el radical. La presencia del segundo introdujo un factor de perturbación en el orden creado por la oligarquía. Pero al mismo tiempo aceptó las condiciones de juego que aquella había impuesto. Entró a disputar los puestos políticos con la oligarquía, no realizó nada en el orden social y cuando, por división de la oligarquía, llegó al poder a través de la ley Sáenz Peña, lo hizo arrastrado por el prestigio de un hombre como Yrigoyen y no por sus realizaciones en el orden económico-social. Los radicales nacidos de una exigencia social, la naciente burguesía, eran tan liberales como los oligarcas. De allí que no se produjeron cambios sustanciales en la estructura del país. Y en 1930 el radicalismo fue incapaz de comprender los grandes cambios que el liberalismo económico iba a experimentar. Y la neo-oligarquía persistió en su tradicional política de unirse a Inglaterra en momentos en que ya ésta perdía su posición dominante. Internamente se persistió en la ignorancia acerca de los problemas sociales y el desconocimiento de los esfuerzos sindicales que se mantenían unidos a las ideologías socialistas y cristianas, pero que no habían encontrado eco en la mesa del pueblo argentino.

¿Cuáles son los efectos de la segunda

Guerra Mundial en nuestro país? Hace imposible la consolidación de la burguesía y provoca en las Fuerzas Armadas una intensificación del nacionalismo que dio sus frutos en la revolución del 43 y se afirmó en los primeros años de Perón tanto en el orden económico, como en el social. En lo político mantuvo y exacerbó la idea del caudillo y, por lo mismo, hizo que el hombre argentino siga pensando en la solución de sus problemas a través del líder salvador que surgirá como por encanto. Pero admitirá la influencia del sindicato o asociación gremial en los nombramientos políticos lo que significa un avance que no será olvidado y al que no se puede renunciar.

A partir de 1955 hemos vuelto a un liberalismo corregido en algunos casos por una intensificación de la acción del Estado en el orden económico como se da en el gobierno de la UCRI. Pero no se encuentra un camino decididamente nuevo y a la altura de las grandes transformaciones que sufre el mundo. Tanto los políticos de cuño liberal como los pretendidos reformadores de izquierda o derecha mantienen su encuadre de partidos políticos y masa popular que no consigue interpretar los verdaderos anhelos del país.

Esta situación se ve agravada en el momento actual por un anacronismo en los métodos por parte del Gobierno. Nos encontramos en una verdadera partidocracia, en la que ya no son los principales intereses nacionales o particulares como se daría en un verdadero gobierno o en una oligarquía, sino que solamente las posibilidades de mantenerse y ganar puestos para los hombres del propio partido es lo que se tiene en cuenta. Los demás partidos contemplan con cierto aire de sorpresa lo que sucede, pero no pueden estar en contra porque la UCRP está actuando como lo que corresponde a la esencia de una partidocracia y a nuestros partidos liberales les parece que esa es la manera de actuar. No piensan lo mismo los principales intereses económicos del país, ni el pueblo que ve con horror como tal manera de gobernar conduce a

una inflación galopante que la partidocracia impide detener. Este gobierno está siendo derrotado en las ferias y los mercados. La frase en su sencillez dramática coloca al país en lo profundo de la mentalidad liberal. Ya en la Revolución Francesa la suerte de la nación estuvo ligada sucesivamente a los intereses de cada uno de los partidos que se encaramó en el poder. Lo mismo sucede ahora, mientras todos los esfuerzos de los mejores se encaminan no a un cambio violento de gobierno, sino a convencer al Poder Ejecutivo que se está llevando al país a un verdadero suicidio por satisfacer las ansias demagógicas de algunos de sus hombres.

La Argentina ve así el fin de una era liberal que solamente fue superada, parcialmente, en algún período del gobierno peronista. Hacia adelante pocos indicios favorables son visibles. Lo más funesto sigue siendo el desmenuzamiento de los partidos provocado por el apetito de los individuos. Por eso como en tantos otros problemas la solución verdadera no vendrá sino de la moral, de la ética, del sentido de sacrificio que debe ocupar las mentes decididas a servir al bien común. Se deberá agregar una transformación de las estructuras políticas para permitir la representación popular en los escaños parlamentarios. Al decir popular no queremos significar solamente los estratos

más bajos de la nación, sino todos aquellos que tienen algo que aportar en el quehacer diario del país, y que no se sienten representados por ninguno de los partidos actuales. La situación de estos sectores es preocupante en cuanto no sienten ninguna atracción por la llamada política de comité, y al mismo tiempo, dependen en gran manera de los representantes que surgen de la tal política. ¿Cuál es la solución? Los grandes intereses económicos suelen resolver el problema aportando a los distintos partidos a fin de obtener alguna ventaja de resultar triunfadores. Otros entienden vagamente que deberían dedicarse a la política, pero no saben cómo. Y mientras tanto el quehacer político aparece cada vez menos como el esfuerzo por construir un país a través de la intensa búsqueda del bien común y queda reducido a obtener el poder para beneficiar a los propios correligionarios.

El Gobierno actual tiene la grave responsabilidad de haber dejado transcurrir un año sin realizar nada más que la parte de beneficio propio. ¿Será capaz de cambiar su orientación en marzo para dedicarse de lleno a la tarea de construir el país? No dudamos de las buenas intenciones de los mejores de sus hombres, pero ¿podrán, con el Presidente a la cabeza, superar la tenaz presión de la burocracia partidaria? ♦

decadencia de los partidos políticos

EL sistema de los partidos políticos viene sufriendo un proceso de decadencia y agotamiento al que debe ponerse remedio. En los países sajones, caracterizados por su realismo, la solución ha sido muy sencilla: despojar a los mismos de todo sentido ideológico y hacerlos instrumentos de soluciones

concretas que muevan al electorado en los momentos necesarios. Tales partidos no tienen inconveniente en elegir hombres fuera del mismo como sus mejores candidatos. Unen a este hecho el negar al puesto político ventajas económicas y, por lo tanto, son menos los ambiciosos que buscan en la política su propio enriquecimiento. En América Latina nos encontramos con todo lo contrario. Los partidos no son instrumentos de gobierno, sino de ideologías y el predominio de los feudos personales hace que un partido se divida en tantas cabezas como posea. Además es tan grande lo que se obtiene con el gobierno que son muchos los que ambicionan resolver sus problemas personales a través de la política.

¿Cuál es la solución? En Venezuela se ha elegido confirmar la existencia de una verdadera dictadura de partidos. Los presidentes sólo pueden surgir de los dos que han entrado en la combinación. En Chile, en cambio, se ha llegado a una transformación de los mismos partidos para constituirlos, como sucede con la Democracia Cristiana y el Comunismo en representantes de los intereses de grandes masas de la población. Esto hace que los partidos tradicionales pierdan su arrastre y deban incorporarse a la nueva concepción.

En nuestro país se intenta en estos momentos una salvación de los partidos políticos a través de un Estatuto que los convierte un poco más en órganos directos del Poder, de tal manera que se incorporan de alguna manera al presupuesto nacional.

Otros intentan la solución creando partidos cuya estructura, dinámica y forma de actuar sean distintas de las actuales. Pero la fuerza del sistema es tal que los va sometiendo a las mismas condiciones.

Intentar una modificación más profunda del régimen de los partidos significa para muchos entrar en una corriente fascista. No se sabe si esto quiere decir que la solución propuesta es estatizante o si pretender que los que gobiernan sean

representantes de intereses económicos, culturales y profesionales es negar el régimen republicano.

La verdad es que pocos se atreven a presentar como solución una transformación completa del sistema de partidocracia que impera en nuestro país a través del cual un ocho por ciento de la población elige a quienes pueden ser los representantes del otro noventa y dos por ciento.

Una modificación está, sin embargo, en el ambiente y es necesario propagarla cada vez más. La creación de un Consejo Económico-Social puede ser el buen comienzo de esta transformación.

Cada año los legisladores actuales y el público en general ven con asombro el escaso rendimiento de nuestro Parlamento, pero cuando se pretende hablar de reformas todos se estremecen como si fuera preferible seguir malgastando el dinero y el tiempo del pueblo. Esta crítica al Parlamento, sin embargo, es necesaria, pero no para terminar en una dictadura, sino para encontrar los verdaderos remedios.

La representación profesional de los distintos grupos económicos puede significar la incorporación de un espíritu más concreto y realista en nuestro gobierno. Pero la mentalidad liberal, a pesar de las manifestaciones de todos los partidos, impide que el proyecto del Consejo Económico Social llegue a concretarse.

Ni una república, ni una democracia exigen un solo modo de representación a través del ciudadano. Se puede ser republicano y demócrata actuando como obrero o empresario, como abogado o agrónomo. La abstracción "el ciudadano" no se da sino concretamente en el padre de familia, profesional, y todos los demás matices humanos.

Temer esta solución es caer en cualquiera de las otras soluciones: dictadura de un partido o ir a golpear a las puertas de los cuarteles convencidos interiormente de que la partidocracia no puede conducir eficazmente un país. ♦